

**Paola Senseve. *Codex Corpus*.
La Paz: Editorial 3600, 2019, 90 pp.
ISBN 978-99974-16-38-4.**

Magela Baudoin
University of Oregon
mbaudoin@uoregon.edu

***Codex Corpus* y la revancha final de la memoria**

Decir que *Codex Corpus* es una cavilación sobre el cuerpo es cierto, pero insuficiente para describir este libro. Añadir que se trata de un poemario en el cual el cuerpo de la escritura es tan importante como la carne que lo sostiene, completa esa idea pero todavía no alcanza para dar cuenta de su complejidad. El último trabajo de la boliviana Paola Senseve, merecedor en el 2019 del Premio Nacional de Poesía Yolanda Bedregal—el mayor galardón de su país para este género—es también o como mínimo una elaboración sobre el duelo y la materialidad del amor ante la ausencia fáctica que produce la muerte.

Paola Senseve, también autora de *Vaginario* (ganador del II Premio Nacional de Escritores Noveles de la Cámara del libro y Petrobrás), *Soy Dios*

(ganador del Premio Nacional de Literatura Santa Cruz de la Sierra) y *Ego* (libro de poesía conceptual), traza una genealogía abuela-madre-hija, que es el hilo conductor de esta elegía extensa, en la que la muerte de una abuela no solo permite atravesar la experiencia afectiva de la pérdida sino una experiencia escritural. Como dice en el *blurb* la crítica y escritora, también boliviana, Giovanna Rivero, el libro avanza hacia el nacimiento de una orfandad como una “luminosa canción fúnebre”. “Quiero entrar a la boca de la muerte con la boca abierta / para que nadie sepa quién / se come a quién” (9), declara la voz poética para plantar la semilla del duelo. Esta es una voz que medita, que llora y que acompaña al cuerpo moribundo, al tiempo que captura los detalles extraordinarios que “atrapan” una vida que se escapa de la vida. La abuela levita sobre las sábanas, parece que solo el techo impide “que pase algo que solo ella quiere” que pase y es entonces cuando la epifanía poética acontece:

me pide que le pinte las uñas que
le depile las cejas, dice que
siempre es mejor una vieja arreglada que una vieja desarreglada

lo hago y de repente su cuerpo liviano adquiere peso. (11)

El amor se materializa así en el cuerpo desahuciado, adquiere “peso”, y la vida es detenida en un instante a través de este gesto de cuidado. El libro está lleno de estos hallazgos, que van describiendo una estirpe de mujeres cuya identidad “es” y se conforma en el reflejo de las otras, donde hay necesariamente transmutación y quiebre. Para una mujer, parece decir la poeta, vivir es romperse. “Al fin y al cabo solo / nos vamos repitiendo solo / somos ecos del eco solo / somos rocas del mar solo / que van creciendo y solo / quebrándose” (23). Y ese eco pasa de una a la otra, reflejándose incluso en la “idea matemática de alguien más”: ¿acaso un hij@? O tal vez la progresión genética e infinita de la memoria. El cuerpo (sus marcas, sus arrugas) es en

Cordex Corpus un archivo orgánico de la existencia; un códice antiguo que se aprende a leer: “mamá se miró en mí / contó sus arrugas / y calculó que a mi abuela le faltaba muy poco para morir” (49). En otro poema la voz poética invoca a la abuela, en un apóstrofe, y esa consustanciación, ese “vademécum ancestral es la única ciencia” de este libro (47).

El aprendizaje pasa por el cuerpo, que se reconoce, se objeta, se somete y se redime de la mirada canónica y normalizante. El cuerpo para Judith Butler no es una materia estable sino una construcción discursiva, prescrita culturalmente, deseante y melancólica (Butler 2012). Este envoltorio de contradicciones puede leerse en los versos de Paola Senseve, que usa con habilidad la ironía para marcar estas tensiones: “una angustia cuadrada no cabe dentro / de un cuerpo redondo” (19) o “me he limitado a sacar la basura en bolsas negras / a masticar carbohidratos / a imaginar qué haremos el día en que el cuerpo de mi abuela se desintegre en luz que posteriormente se posará con todo su peso” (8). Si una sonrisa sardónica se cuelga en no pocos versos, no es menos interesante el manejo del apóstrofe a lo largo del poemario. Esta figura, especialmente apta para enfatizar la ausencia, intercala la invocación de la madre, viva, y de la abuela, en tránsito hacia la muerte, para lograr una verdadera escalada dramática de la ausencia.

El paso del tiempo, el tránsito, no solo modifica los cuerpos sino la escritura. El poemario trabaja el lenguaje y el cuerpo textual que se muestra sobre el papel. Escribir es también la imposibilidad de hacerlo, la mano que traza y borra, la mano muda: “soy un cúmulo de resistencia / rumiando un relámpago / que no llega / esperándolo / para poder escribir y rotar / sobre mi propio eje genético” (7). Escribir es recordar: “me voy a apoyar en ese árbol / del que nunca me fui” para volver a la infancia y “poder tallar el lápiz / que me permita / nunca olvidar” (23). Es “matar lenguaje / para decir / verdad con cuerpo” (31). El proceso creativo se abre al lector, muestra sus dislocaciones, sus idas y venidas, sus impulsos y derivaciones: “alcanzo a pensar en una

imagen / contaminada por la adrenalina / pero el lenguaje, / lo más frágil del cuerpo, / no tiene mecanismos de defensa”. Entonces aparece la escritura, inevitable como un fluido vivo.

La escritura acompaña, es cierto: “sé que estoy esperando tu muerte, / abuela, para comenzar a ser / con lo que me dejes” (43). Pero subsiste y “es” después de la muerte: “abuela, / ya no quedan flores en esta cesta grande que/ fue nuestra vida juntas/ ya la Casa se está desdibujando / de la realidad / pero se está escribiendo / entre mis dedos” (98). *Codex Corpus* funda su rareza en las múltiples y complejas maneras en que responde a la vieja pregunta sobre el origen de la poesía: ¿Por qué escribir? ¿Para qué hacerlo? Ensayo distintas respuestas, como se ha visto, pero sobre todo se sostiene en una mirada: “he perdido la escritura ahora solo me dedico a tallar declaraciones / en tu cuerpo / para la intimidad de mis ojos”. Y si bien la escritura es el reflejo de esa mirada, también ocurre lo contrario. Es la mano la que guía los ojos: “escribo un poema / pensando que debe venir de dentro debajo de la piel / como el dolor, el pus, el sudor”. (77) Senseve cierra pues con la derrota amarga del cuerpo vencido y con la revancha absoluta de la memoria porque lo único definitivo, lo único que no tiene vuelta una vez que ocurre, quiere decirnos luego de este viaje poético de crecimiento, no es la muerte, no; sino el amor.

Obras citadas

Butler, Judith. *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del Siglo XX*. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.

Senseve, Paola. *Codex Corpus*. La Paz: Editorial 3600, 2019.